

Las espías, despues de auer considerado todo el real y el concierto del y la gente tan lucida, dieron la vuelta á la ciudad de México y dixerón al rey y á *Tlacaelel* cómo auian visto en Cuaxomoltitlan todo el ejército de los chalcas puesto por mucho concierto y orden, y que los capitanes andauan escogiendo los mas valerosos soldados y desechando los visoños y no experimentados, y que los ponian en renglera y en escuadrones y que auian entendido de ellos¹ que saliesen á la batalla poco á poco, y que cuando se uiera cansado un escuadron, que saliese otro de refresco y que uiese gente para ir cebando estos escuadrones, y que era tanta la multitud de gente, que cubrian el llano. *Montezuma* les dixo: seais bien venidos, hermanos, descansá.

Luego *Montezuma*, con parecer de *Tlacaelel*, mandó llamar á los de su consejo y díxoles: que luego en esa hora mandase aperceuir sus gentes, sin quedar hombre ni mancebo que pudiese tomar armas, y que se aperciuesen y proueyesen de lo necesario y juntamente á los prouedores de bastimentos para la gente que se basteciesen de lo necesario: los del consejo mandaron llamar á los capitanes y soldados viejos y mandaron les echasen bando para que la gente se aperciuese para la guerra que contra los chalcas se ordenaua, y que querian ver la nobleça y valentía de los tigres y águilas de México y para cuánto eran. Luego toda la ciudad se revolvió y salieron todas las mas gentes que en la ciudad auia de hombres y mancebos de á veinte y de veinte y cinco años, de á treinta, de aquarenta, tantos y tan lucidos y bien adereçados, que mostraban el deseo que de ir á la guerra y á mostrar el valor de sus personas tenian, todos cargados con las armas que mas contento les daua, unos con varas tostadas arrojadiças, otros con flechas y arcos, otros con ondas y piedras labradas redondas, hechas á posta, de piedras pesadas á la medida de las ondas, otros con rodela y espadas.

Estando todos ya á punto, dixo *Tlacaelel*: ea, soldados, salí de la ciudad y todos nos juntemos en Aztauacan; y llamando el rey á los señores y grandes en particular, les dixo: ea, señores, ya veis el

¹ Esto es: que les habian oido disponer.

² Reemplazando.

placer y gana con que la gente y soldados van hacer, como valerosos, y no aya en vosotros punta de cobardía ni temor: id en norabuena y haced como valerosos. Luego *Tlacaelel*, con todos ellos, salieron de la ciudad y llegaron á Iztapalapa: llegados allí, vinieron nuevas de cómo los chalcas estauan ya en Techichco, en aquel llano questá entre aquellos cerros de Culhuacan y Cuitlauac, á donde llegallan sus términos: luego *Tlacaelel* se vistió de sus armas, y con una espada y rodela en las manos empeçó á aperceuir la gente y mandó se adereçasen todos, con todo cuydado y priesa: aperceuido todo el ejército, díxoles á todos en alta voz: Ea, mexicanos: mirá á lo que sois venidos: considerá que teneis la muerte delante, y que contra ella aueis de pelear, y que el dios de la tierra, vuestra madre, os está esperando: vendé vuestras vidas como valerosos: mirá que aquellos que allí están no son leones que os an de despedaçar, ni demonios que os an de tragar: mirá que son hombres como vosotros y que las mismas armas que ellos traen teneis vosotros en las manos, y que ellos son chalcas y vosotros mexicanos, elegidos para este menester y exercicio militar; ea, pues, salgamos á ellos sin mostrar cobardía ni temor.

Luego salieron muy en orden al campo á vista de los enemigos, tan en orden y tan lucidos y galanos, que en viéndolos los chalcas levantaron un gran alarido y algaçara y empeçaron y decir: vení, vení, mexicanos; ó¹ a de ser, oy emos de ver y conocer quién es cada uno, y se a de dar á conocer quién son los chalcas chichimecas valerosos: veamos quién caerá debaxo, porque aun no aueis vosotros experimentado nuestras manos: no penseis que os tomáis con alguna gente de poco valor: saué que teneis delante á los chalcas. Los mexicanos, que en delantera estauan, respondieron con mucha umillacion y dixerón: sea norabuena, hermanos chalcas: no hay para qué hablar sino venir al efeto, y diciendo esto, *Tlacaelel* tocó un atambor que á las espaldas traya, y al son del levantaron los mexicanos un gran alarido y arremetieron á los chalcas con grandísima furia y ímpetu, diciendo: ea, mexicanos; que oy emos de tomar por mugeres á estas chalcas de no nada,² ó los emos de consumir

¹ Parece que debe decir—"hoy."

² Esto es, de poca valía, ó despreciables.

en este lugar, que no quede hombre á vida; y empezaron una viua contienda y pelea, cayendo mucha gente de una parte y de otra, la qual pelea duró todo el dia: empezó sin descansar, y de tal suerte se tuvieron los chalcas con los mexicanos, que en todo aquél dia no les pudieron hacer mudar pié, á causa de la mucha gente que se remudaua y de que iban cebando los escuadrones.

Venida la noche, los chalcas, viendo la entereça de los mexicanos y el ánimo con que se sustentauan, dixéronles: mexicanos, ya veis que la noche nos desparte: descansá, que bien lo aueis menester, que mañana á la mesma hora y punto nos hallareis en este lugar, y lo mismo será de aquí á quando vosotros quisiéredes, aunque ture un año, porque ya que emos empezado, adelante lo emos de llevar sin cansarnos; y así recojámonos á nuestros reales. Los mexicanos se retiraron y mandaron los capitanes que todos se voluiesen á México á recoger, temiendo no uiese alguna traicion de parte de Xuchimilco ó de Cuitlauac ó de Culhuacan, Cuyuacan y Tacuba; y así todo el ejército se recogió, y luego enviaron cuatro espías que toda aquella noche fuesen á Tacuba, Cuyuacan, Xuchimilco, Cuitlauac y Culhuacan, y que con mucha dilixencia viesen si auia algun ayuntamiento de gente ó rumor de traicion en secreto ó público, no los tomasen en medio.

Los mensajeros y espías fueron y anduvieron todos los pueblos dichos, y considerando muy bien si auia alguna liga ó propósito de hacelles algun mal, y hallaron que todo estaua quieto y sosegado y todos en mucha quietud, con las quales nuevas vinieron á su rey *Montezuma*, el qual, sosegado en esta parte, llamó á todos sus capitanes y preguntóles: ¿qué os parece del ánimo de los chalcas y de su valor? ¿qué experimentais de sus fuerças? ¿haceseos dificultosa la uitoria como se os haria dificultosa beuer una purga ó brebajo muy amargo? Decímelo, porque me parece que os veo tibios y sin ánimo, ó por ventura sentíslo por carga pesada el contender con ellos. Respondió uno de los que se llamaua *Ezuanacatl*, y dixo: Señor y rey nuestro, que presente estás, y en tu presencia y junto á tí *Tlacaelel* tu siervo, el qual te deuia responder, has de sauer y entender á lo que nos preguntas, ¿en qué piensas que estriba la fuerça de los chalcas? ¿por ventura es la espada que trae en la mano? no,

ni tampoco en las demas armas con que pelean, porque de la mesma suerte son las con que pelean tus vasallos: pues ¿en qué? ¿en su ánimo? no, porque mas coraçon a mostrado tu ejército que no ellos: solo estriba en la multitud de gente con que renueva sus soldados, lo qual no es inconveniente, porque si nos acordamos de nuestros antepasados los antiguos en aquel aprieto, quando se vieron cercados en Chapultepec, no solo de los chalcas pero de toda la tierra, gente mas que langostas que vinieron sobre ellos, no por eso temieron, antes con ánimo varonil se defendieron y rompieron por todos mostrando el valor de sus personas: no háy que temer, valeroso rey, sino que luego invies tus guardas y cintinelas para que no se nos entren los chalcas por nuestras puertas y nos tomen descuydados, y esto es lo que respondo á tu pregunta en nombre de todos estos tus caualleros y capitanes: el rey dixo, yo os lo tengo en merced, valeroso *Ezuanacatl*, porque vos aueis hablado como quien sois y de la lignea de donde desendeis: bien ves que los chalchas no son tigres ni leones que nos an de comer.

Tlacaelel se voluió para el rey, sonriéndose, y dixo: pon, señor, recaudo en lo ques menester y déxate de gastar palabras; vayan luego á hacer la guardia, que tus vasallos saben lo que á ellos y á tí conviene; y lo que me parece es, que luego de mañana vayan solamente tres ó quatro escuadrones de gente á escaramuçar con ellos, y quatro ó cinco dias así de remuda los cansen, para que al sexto dia aya rompimiento cargando toda nuestra gente sobre ellos: y así fué, que cinco dias arreo uvo grandes escaramuças, cayendo gente alguna de ambas partes, aunque siempre Chalco lleuaba lo peor; pero no por eso les hacian perder paso del campo: pero al sexto dia salió toda la gente de México algo descansada y muy bien adereçada, y venidos al puesto hallaron ya á los chalcas muy á punto, y *Ezuanacatl*, poniéndose en delantera, les dixo: ¿ques esto chalcas? ¿no aueis de dexar este sitio, que tan arraigados estais en él? Los chalcas le respondieron: no lo emos de dexar, porque es término de nuestras tierras y emos de morir y no dexallo, y no nos aueis de ganar pié de nuestras tierras como aueis ganado las demas: los mexicanos respondieron: ea, que aunque os pese las aueis de dexar, y mirá no os arrepintais de vuestra pertinacia; y diciendo y